

LA PROMOCIÓN DE LAS HUMANIDADES EN EL BACHILLERATO: ENTRE LA ADAPTACIÓN Y EL OBSTÁCULO

Fernando Ibarra Chávez*
UNAM-FFyL

RESUMEN: En los últimos años, el uso de nuevas tecnologías en la educación se ha vuelto casi obligatorio para los profesores. Sin embargo, su implementación no siempre resulta en la mejor preparación de los alumnos. En el mejor de los casos, cuando la información digital se presenta en forma alfabética, podría decirse que un adolescente lee más de lo que se cree, pero lo fundamental no es la longitud de la lectura ni la velocidad con la que se haga, sino el tipo de textos que caen en sus manos. Por otra parte, el desarrollo del lenguaje visual, con imágenes y pantallas “touch”, ha logrado dejar en el olvido la relación entre palabra y pensamiento. La función de aquel que se inclina por el estudio de las humanidades, al alejarse del beneficio económico, podría considerarse inútil o hasta inexistente. Ante la ausencia de una conciencia social del campo de acción de los humanistas, su integración social se dificulta. Pero la realidad es que más allá de proveer un futuro económicamente alentador en sí mismas, las humanidades estimulan los procesos de razonamiento de los adolescentes, lo cual ayuda a que el individuo sea capaz de enfrentarse a tareas cognitivas de alta complejidad de manera más inmediata, cualidades que sin duda contribuyen al desarrollo de un mejor profesionalista en cualquier área. En este artículo trato las razones por las que el estudio de la literatura y la filosofía en el bachillerato no debería siquiera ser cuestionado, con el objetivo de exhortar a los profesores de este nivel a no olvidar su deber social ante la necesidad de mantener vivas las humanidades.

PALABRAS CLAVE: Enseñanza de las humanidades, Humanidades en el bachillerato, Tecnología en la educación, Lenguaje y razonamiento, Enseñanza de la literatura.

Abstract: In the last few years, the use of new technologies in education has become almost a requirement for teachers. However, this practice does not always result in the student's better preparation. In the best of cases, when digital information is presented in an alphabetical way, it could be said that a teenager reads more than he realizes, but the fundamental detail is not the length of the reading or the speed of it, but the kind of text that falls into his hands. Meanwhile, the development of visual

Recibido: 03-julio-2013
Aprobado: 24-julio-2013

* Licenciado en Letras Modernas Italianas y especialista Historia del Arte por la UNAM. En El Colegio de México cursó el Programa para la Formación de Traductores y actualmente es doctorando en Literatura Hispánica. Se ha desempeñado como docente desde 1999 en el área de lengua italiana y literatura medieval. Ha participado en congresos nacionales e internacionales relacionados con literatura e historia del arte. Cuenta con varias publicaciones en revistas especializadas. Actualmente es profesor de Carrera en el Colegio de Letras Modernas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde desempeña además el cargo de Jefe del Departamento de Letras Italianas. Correo electrónico: moscadecristal@yahoo.com.mx

language, with images and touch screens, has left aside the relationship between words and thoughts. The role of someone who studies humanities, while distancing him or herself from an economic benefit, could be considered useful or even nonexistent. The social adaptation of humanists gets tougher because of the absence of a social consciousness regarding their field of action. More than providing an economically cheering future by themselves, the humanities stimulate the reasoning processes of teenagers, which help the individual to be capable of performing cognitive tasks of high complexity in a more immediate way. These qualities should doubtlessly contribute to the development of a better professional in any area. This article portrays the reasons why the study of literature and philosophy in high school should not even be questioned; and its objective is to exhort teachers in this stage not to forget their social duty facing the need of keeping the humanities alive.

Keywords: The Teaching of Humanities, Humanities in High School, Technology in Education, Language and Reasoning, The Teaching of Literature.

Cuando se trata de hablar sobre el lugar que ocupan las humanidades hoy en día en el bachillerato, la intención inicial es poner de manifiesto la importancia del estudio de las materias literarias o filosóficas en el bachillerato, pero realmente éste no es un tema que debería ameritar ningún tipo de reflexión: la literatura, así como las demás materias humanísticas, son importantes y punto. Según mi postura, esto no debería siquiera ser cuestionado. ¿Vale acaso la pena preguntarse si es importante que un estudiante conozca las reglas que rigen su lengua y los productos culturales más representativos que a lo largo de la historia han nacido de ella? ¿Es necesario subrayar la importancia del pensamiento? Definitivamente éste no es el problema, sino la manera en que los profesores de humanidades, desde su trinchera pueden promover que las nuevas dinámicas en la transmisión del conocimiento no violenten de manera negativa el proceso de enseñanza-aprendizaje. Tomemos en cuenta que tanto la filosofía como las letras están fuertemente ligadas al texto escrito



como principal vehículo de transmisión y, en este sentido, cualquier alteración al proceso de lectura les atañe. El sentido común nos pediría que nos adaptemos a las novedades, pero en muchos casos éstas, lejos de contribuir, obstaculizan la labor docente.

Los cambios que conllevan las modificaciones entre el individuo actual y su entorno afectan todos los ámbitos del conocimiento. La inmediatez, el movimiento, el hiperrealismo, el placer frugal y la sorpresa efímera son condicionantes para establecer las leyes de la oferta y la demanda. Ante un fenómeno social conviene generar un producto que se transforme en bien de consumo. Ya sea una inclemencia geológica o un evento deportivo, la sociedad actual está preparada para responder con una película, artículos en revistas, comentarios en el radio, parodias, chistes e incluso prendas oficiales y su relativo facsímil no autorizado. Hay un ejército de mentes creativas en busca del fenómeno de moda para explotarlo, comandado por la sociedad de consumo.

Sin embargo, dentro de estos productos difícilmente veremos un objeto que se precie de ser artístico, a lo mucho un *grafitti* hecho con esmero o una calaverita en noviembre –casi siempre desgramaticada y ajena a cualquier estándar métrico y rítmico–.

Pensar que un fenómeno social genere literatura inmediata de calidad es poco probable. En principio, salvo algunas excepciones de creadores magistrales, la elaboración de una novela, una obra de teatro, una serie de relatos, un poema, entre otros, exige la inversión de tiempo y parece ser que las condiciones actuales no ven con buenos ojos las

actitudes contemplativas, ni la serenidad propia de un proceso creativo. Lo que haya que hacerse debe efectuarse ya y rápido.

El creador de un bien cultural debe invertir energía, ingenio y conocimientos tanto del motivo que quiere representar como de las técnicas apropiadas para hacerlo. Pensando que el anhelado objeto llega a consumarse, hay que pasar a la fase de distribución mediante el contacto con una editorial, un teatro o un museo que primero harán un balance de sus cualidades en relación con el beneficio económico en que puedan derivar; luego viene la censura, la relaboración final, el filtro de derechos humanos, el copyright, el contrato y una serie de prácticas burocráticas que demandan tiempo. De tal suerte que, al final del proceso de creación y distribución, vemos que el objeto artístico o literario ya no es tan rentable porque, mientras tanto, se generaron otros fenómenos sociales que no se pueden desatender y que exigen su respectiva tanda de bienes de consumo.

La obra de arte, entonces, independientemente de sus valores estéticos, puede pasar de vanguardista a trasnochada en lo que se concreta el proceso que va del impulso artístico a la mano del consumidor final. La historia del mundo editorial está plagada de anécdotas desafortunadas donde la gran obra de valor universal se publica póstumamente cuando el autor o el tema en cuestión resultan coincidir con los volubles intereses de la sociedad. También se dan casos en que ante un evento de vital importancia surgen libros, en general productos de la escritura rápida de un reportero experto o de su equipo de colaboradores. Así llegamos a los textos polémicos,

a los reportajes profundos, a los libros de denuncia sagaz y oportuna, a la biografía de ocasión, o al texto astutamente elaborado *a priori* ante la inminencia de una situación provechosa –no es casual que durante el 2009 y el 2011 espontáneamente haya surgido un profundo interés honesto, profesional y sincero por la historia patria entre los escritores del país y también entre una masa no menos importante de productores de bienes de consumo que aprovecharon las efemérides de septiembre para hacer su agosto.

La producción de textos de consumo inmediato es más evidente en la elaboración de revistas de amplia difusión, aunque, con el paso del tiempo, notamos que ciertas prácticas hemerográficas han ejercido influencia concreta en la confección de libros, por lo general, dirigidos a un público que quiere documentarse, pero que no necesariamente entiende la lectura como parte de un proceso, ni busca el valor estético de los contenidos.

Quizá una de las principales características de la comunicación escrita actualmente es la simplificación tanto de fondo como de forma. Muchas veces, al tratarse de textos que abordan temáticas efímeras, no se requieren ni ediciones anotadas impresas sobre papel de calidad porque no se crean para conservarse, sino para consumirse en un determinado momento.

Los textos nuevos demandan una manera diferente de ser aprovechables: por un lado permiten un tipo de lectura rápida y, en la medida de lo posible, con ayuda de colores, tipografía, hipervínculos y otras estrategias, se le permite al lector recuperar la información esencial y tener en el mismo texto herramientas para un conocimiento más profundo si

así lo desea. De hecho, hay revistas en las que aparece resaltado con un fondo amarillo la parte importante del texto, o sea que el lector puede simplemente leer el título, algunas líneas y los fragmentos seleccionados para aprehender la información. Otras publicaciones periódicas presentan un texto breve acompañado de una serie de direcciones electrónicas donde el lector podrá encontrar mayor información, si así lo deseara. También tenemos revistas que indican el tiempo aproximado que puede durar la lectura, con lo cual el lector, a partir de su disponibilidad, decide si cuenta o no con esa cantidad de minutos para leer un artículo completo. De ahí que, desde el formato y el aspecto general, un libro tradicional resulte poco atractivo –y en principio, aburrido– para los jóvenes estudiantes.

Hasta aquí pareciera que los problemas no nos atañen porque estoy refiriéndome a revistas, pero resulta que hay una tendencia a medir la capacidad de lectura a partir de cifras. Un niño de tercer año de primaria debería ser capaz de leer de 80 a 110 palabras por minuto y al hacerlo demostraría que ha desarrollado una satisfactoria competencia lectora. Más adelante, ese individuo podría ejercitarse y llegar a leer dos mil palabras por minuto o más, como anuncian los cursos de lectura rápida. Lo que no se toma en cuenta es que hay textos que requieren también tiempo para ser leídos y no por dificultad, sino por la necesidad de prolongar el goce o la asimilación del contenido textual. Pero esto no está contemplado ni en algunos manuales de lectura para niños ni en los cursos de lectura rápida, obviamente. Esto responde a un presupuesto de origen: los textos que

leemos, por ejemplo, en una página web informativa, no fueron diseñados como objetos estéticos, y no tendrían por qué, pero parece que la manera actual de enseñar a leer a los niños se olvida un poco de la existencia de aquellos textos que sí lo son. El efecto de una poesía requiere de una lectura pausada, un curso de lectura veloz ayudaría a leer en poquísimos minutos un libro de poesía o un ensayo filosófico, pero ¿qué le deja una técnica de lectura de esta naturaleza al lector que está más bien interesado en el placer estético o en la sólida reflexión?

La primera década del siglo XXI popularizó las nuevas formas de comunicación y transmisión del conocimiento que de inmediato fueron adoptadas en ambientes académicos. En un proceso casi imperceptible pero contundente, el manejo de las nuevas tecnologías se volvió una necesidad y luego una obligación en los centros educativos. A finales de la década de los 90 del siglo pasado los profesores de bachillerato podían desarrollar eficazmente sus actividades profesionales y cotidianas sin necesidad de estar en contacto con una computadora; igualmente los estudiantes podían obtener grandes adelantos en su formación limitándose al trabajo guiado en laboratorio, a la discusión directa entre pares, a la investigación documental en biblioteca y a la ayuda de la vieja máquina de escribir familiar. El día de hoy los profesores se ven obligados a participar en las nuevas dinámicas de uso de la tecnología, entre otras cosas, porque las exigencias de la institución donde laboran e incluso la valoración cualitativa de su actividad dependen en gran medida de la inserción de las técnicas de información y comunicación dentro de su ámbito docente.



La Escuela Nacional Preparatoria ha estado constantemente interesada en que tanto profesores como alumnado reciban preparación adecuada en estas novedades para mantener un alto nivel de competitividad y una formación sólida que vaya de la mano con el devenir mundial. Justamente en los años noventa comenzaron a promoverse masivamente diplomados enfocados al uso de la computadora para el ejercicio docente. Estos cursos incluían el manejo de software básico y abrían espacios para el conocimiento del incipiente internet. En un lapso bastante breve las circunstancias han cambiado radicalmente y ahora se ofrecen cursos en línea especializados, como uso de Autocad o Moodle, y se da por hecho que los destinatarios están capacitados para manejar procesadores de texto, archivos de imagen y además poseen cierta pericia para navegar en Internet y apropiarse de datos. Incluso en algunos cursos es requisito contar con teléfono inteligente y ser miembro de alguna red social.

El panorama parece muy positivo en términos generales, pero en la prác-

tica cotidiana nos damos cuenta de que el uso de la tecnología no está dando como resultado una mejor preparación en nuestros alumnos. El uso de la tecnología tampoco está siendo garantía de un aumento en la calidad y eficiencia de las clases. Es más, para muchos colegas esta exigencia se ha vuelto más bien un obstáculo porque deben dedicar una parte considerable de su tiempo a ejercitarse en una competencia en la que todavía no confían porque, de hecho, no siempre logran ver resultados que muestren un avance positivo mayor al que se lograba hace un par de décadas sin tecnología. Sin embargo, no se puede prescindir de ésta porque no se trata sólo de una exigencia institucional, sino que los propios alumnos, quienes han crecido envueltos en un ambiente donde la tecnología cambia vertiginosamente, necesitan de estas herramientas para poder desenvolverse con mayor seguridad. Ésta es la razón por la que los profesores de bachillerato deberían adaptarse al cambio, aunque todavía queda por establecer en qué medida y con qué propósito. El hecho de usar una presentación en *Power Point* facilita una exposición, pero sería discutible establecer hasta qué punto la información transmitida sobre este soporte es más eficaz que la misma información sobre una hoja de rotafolio. ¿En qué medida un juego de memoria digitalizado es preferible a las tradicionales tarjetas de cartón? Los razonamientos ecológicos dejémoslos a un lado.

Hay situaciones en las que el uso de la tecnología se ha vuelto casi imprescindible para la trasmisión del conocimiento. Los estudiantes de geografía actualmente cuentan con esa maravilla llamada Google maps que permite conocer cada rincón del planeta, los estudiantes de ana-

tomía pueden ver videos en los que se hacen disecciones profesionales de animales e incluso un parto humano, pero en el caso del estudio de la literatura y la filosofía ¿qué tan importante son las tecnologías de la información? ¿Sería posible seguir estudiando a Aristóteles o a Octavio Paz sin contar con la presencia de un dispositivo conectado a la red? ¿Cómo puede el profesor de humanidades integrar las nuevas tecnologías para generar un aprendizaje más eficiente?

En principio creo que es necesario aclarar qué se entiende por uso proficuo de las nuevas tecnologías, porque en el afán de hacer uso de ellas a veces únicamente se digitaliza lo que antes manejábamos sobre un soporte material. La digitalización ha traído enormes ventajas, pues gracias al formato PDF, por citar un caso, el sistema bibliotecario de la UNAM ha enriquecido sus bases de datos y ahora es posible consultar artículos especializados que antes exigían el traslado directo del estudioso a la biblioteca que los resguardaba. Incluso se pueden consultar en otros archivos electrónicos libros antiguos, manuscritos, acervos fotográficos y demás a los cuales hace algunos años era prácticamente imposible tener acceso.

El libro electrónico no debería realmente causar susto. Simplemente se trata de un soporte diferente. Es cierto que hay un goce casi morboso al entrar en contacto con la materialidad del libro impreso, percibir su olor, sentir la textura de sus páginas, luchar ante la resistencia de su costura, experimentar estados de ansia si hay que desvirgar –o cortar las barbas– al ejemplar intonso. Al final, si lo que importa es el mensaje, basta que el texto sea legible, ya sea manuscrito, impreso,

microfilmado, fotocopiado o digitalizado. El audiolibro preferiría dejarlo aparte porque ni es libro ni se lee. Hay que recordar que también cuando se popularizó la imprenta hubo gente que aseguraba que el libro estaba por morir, y de eso ya pasaron más de quinientos años.

Curiosamente, aunque el simple hecho de tener acceso a internet potencialmente pone al estudiante en condiciones de leer todo Platón, todo Shakespeare, todo Cervantes, los textos prohibidos durante la Inquisición y la novela de moda, seguimos viendo que los muchachos no se acercan a la lectura y seguimos afirmando que a los gobiernos les conviene mantener a la gente ignorante, cuando son justamente los gobiernos los que están promoviendo la Banda Ancha para todos. Aquí es donde el profesor de literatura podría tener un papel fundamental: él debería impulsar que esta incoherencia se volviera una fortaleza.

Los profesores de bachillerato se enfrentan constantemente a sistemas de valores diferentes que evidentemente derivan en una crisis. Quizá parte de las incoherencias nacen desde los estudios profesionales. Dentro de la UNAM, la mayoría de las carreras humanísticas se concentran en la Facultad de Filosofía y Letras, donde los estudiantes de filosofía no siempre se interesan por la literatura, los estudiantes de letras no tienen realmente cursos enfocados a la filosofía y los estudiantes de bibliotecología, pedagogía, geografía e incluso historia pueden concluir con éxito sus estudios sin haber tenido contacto directo con estas disciplinas.

Esto es sintomático de lo que ocurre con el resto de los estudios universitarios: minorías sectoriales, élites especializa-

das, susceptibles de un merecido prestigio de reconocimiento internacional, pero desvinculados entre sí. Esta falta de relación interdisciplinaria se agrava sobre todo cuando observamos que la brecha que separa las humanidades de la sociedad es tan grande que en ocasiones amenaza con ser absoluta.

Ante esta situación, los profesores que imparten materias humanísticas en bachillerato se encuentran entre posturas bastante discordantes que tratan de conciliar la tradición con la novedad sin que haya un verdadero fundamento pedagógico que permita tener una guía para la toma de decisiones. Además de las circunstancias sociales, de los requerimientos institucionales y de las propias deficiencias, los profesores deben enfrentarse a un tipo de joven que ya no es el de hace diez años. Quizá en el pasado el profesor podía sentirse aventajado frente al alumno al haber acumulado conocimientos a partir del estudio, ahora que el uso de la tecnología parece ser un nuevo valor, un estudiante bien podría estar por encima del docente, entre otras cosas, porque no siempre los profesores contamos con el presupuesto adecuado para adquirir los dispositivos más avanzados del mercado.

En las entrevistas de primer ingreso a la licenciatura en Letras Modernas, un gran número de estudiantes nos cuentan que decidieron estudiar literatura porque en el bachillerato hubo algo que transformó su forma de ver el mundo: por un lado la lectura de textos de alto valor estético o conceptual y por el otro la presencia de un profesor que logró estimular de manera satisfactoria intereses y capacidades en sus estudiantes. No es el simple hecho de leer lo que genera el cambio de conducta y la posterior toma

de decisiones, sino el objeto de la lectura, el estímulo recibido y los resultados tangibles. A diferencia de quien se inclina por la abogacía o las disciplinas afines a las necesidades del mercado, los estudiantes de humanidades no piensan que al finalizar sus carreras estarán en condiciones para contribuir al desarrollo económico de sus familias ni tienen esperanzas en un futuro con bienestar material asegurado. Los humanistas de hoy no estudian por dinero ni por protección, esa es una verdad sabida desde que dejaron de ser útiles para las élites en el poder. Y justamente, al momento de alejarse del beneficio económico, podría interpretarse que su función es inútil o, a veces, inexistente. En las políticas públicas no parece que haya un lugar evidente para la población económicamente activa que no produce bienes ni ofrece servicios. En los periódicos no se solicitan profesionales con experiencia en el estudio de la filosofía aristotélica o con un excelente manejo del español. Dato curioso, del inglés, sí, pero el conocimiento de la lengua materna parece que se da por sentado.

Entramos en problemas más agudos cuando tratamos de definir la función social del estudiante y del docente de letras o de filosofía. Para nosotros que estamos inmersos en este campo no cabe duda de que el desarrollo de la civilización va de la mano con la dinámica de las humanidades; que una revista de difusión publicada esta semana puede ser material invaluable para un estudioso del futuro; que leer veinte minutos al día es bueno, pero leer dos horas es mejor y no es tiempo perdido, sino tiempo invertido en cultivar nuestro componente intelectual, el que tantos filósofos de la antigüedad consideraban causa de la distinción

entre el ser humano y los animales. Sin embargo, para el ciudadano común es difícil entender que el estudio de las letras conlleva mecanismos de adquisición del conocimiento que derivan en una visión más crítica del mundo. Esto no significa que uno se vuelva políticamente reaccionario, sino que, al haber conocimiento de otras realidades, la apertura mental y la tolerancia a lo diferente llegan casi como consecuencia necesaria. Para un padre de familia promedio resulta poco operativo concebir a su hijo como “intelectual”, e incluso le cuesta trabajo entender que cuando está en un rincón por varias horas inmóvil con un libro en las manos está haciendo “algo”. Prácticamente no es sino hasta que se incorpora al área laboral que los padres entienden que el estudio da frutos, aunque para el ciudadano común no deja de ser más comprensible la actividad de un muchacho que trabaje en un restaurante que la actividad del estudiante de filosofía. Trabajar en el restaurante conlleva una preconcepción del área de desarrollo profesional, si hay prestaciones y trabajo de planta se entiende que el individuo en cuestión ha demostrado tener capacidades sobresalientes y por eso “le está yendo bien”, mientras que el campo de acción de un filósofo es siempre misterioso y si encuentra un trabajo seguramente fue porque “corrió con suerte”.

Precisamente el prejuicio y la incompreensión hacia la gente de letras va generando ciertos estereotipos que, por infundados que sean, marcan una dife-

“

El campo de acción de un filósofo es siempre misterioso y si encuentra un trabajo seguramente fue porque corrió con suerte”

rencia que muchas veces desemboca en desventajas en el campo laboral y en la valoración que se le da a determinadas profesiones. Como parte de las evaluaciones globales sobre la pertinencia de ciertas áreas de estudio no falta el rubro que califica la vinculación de determinados estudios con las actividades empresariales y viceversa. Lamentablemente, al no existir una conciencia social del campo de acción de los humanistas, la integración social se dificulta. En estas coordenadas, se sugiere que los profesores desde el bachillerato fomenten el emprendedurismo y el liderazgo entre los estudiantes, cosa que en muchos casos se logra con éxito, pero una vez que los chicos deben enfrentarse a los problemas reales para la obtención de un empleo queda claro que la sociedad no considera el conocimiento un factor de contribución. Vuelvo al periódico: se pide que se tengan habilidades para manejar algunos programas informáticos, pero no se exige que se tenga excelente ortografía o la capacidad para elaborar un texto argumentativo y no porque no sea útil, sino porque la sociedad no sabe que lo es.

Por estas razones, cuando un muchacho entra al bachillerato y sabe que debe tomar clases de literatura, puede ser que no las considere importantes, porque al final no le van a servir para obtener un mejor trabajo. Es cierto que hay individuos incapaces de apreciar la belleza de una metáfora, la concisión de una idea o el aroma de un libro, pero como parte de la formación integral, todos los bachilleres deberían ser capaces de utilizar la lengua materna con cierta exactitud y riqueza.

Alguna vez preguntaba un chico “¿Para qué sirven los acentos si en inglés ni existen?” Quien suele leer sabe que

esta pregunta es aberrante, aunque ha habido algunas políticas educativas que parecen haber partido de ahí y algunas escuelas de educación media superior han suprimido las clases de español, literatura y en general cualquiera que se relacione con la filosofía para ceder un lugar a los cursos de computación e inglés, que son las dos únicas herramientas con las que los jóvenes pueden asegurarse un futuro exitoso. Si la institución lo establece y la sociedad lo acepta ¿cómo puede un profesor de humanidades exigir un trato digno y respeto –ya no digamos reconocimiento– por su actividad?

Los docentes de humanidades tienen un compromiso muy grande con la sociedad y con la disciplina misma, pues la mayor parte de los estudiantes que pasan por sus aulas no pretende estudiar humanidades, pero éstas son elementos constitutivos de su formación.

Que la literatura o la filosofía sean disciplinas inútiles para la vida profesional en algunos casos podría ser cierto, como cierto es que después del bachillerato hay quien no necesitará jamás recordar cómo calcular una raíz cuadrada, cómo despejar una ecuación de segundo grado, el número atómico del sodio o la formación de una súper nova y, sin embargo, estos conocimientos ayudan a saber que “La teoría del *bigbang*” no es únicamente el nombre de una serie televisiva y que “Sherlock Holmes” no es un personaje del cine de acción. Las humanidades, como las ciencias, estimulan los procesos de razonamiento de los adolescentes y con esto ayudan a que el individuo sea capaz de enfrentarse a tareas cognitivas de alta complejidad de manera más inmediata. Así como aprender las tablas de multiplicar agiliza los cálculos

cotidianos, también un aprendizaje sólido de nuestras estructuras lingüísticas permite ordenar los pensamientos, y, por lo tanto, los discursos que de él derivan.

Me parece que precisamente la relación entre palabra y pensamiento se ha olvidado. A nivel de macroestructura, la lengua es un reflejo de la tradición cultural de los hablantes, a nivel personal, las llamadas “competencias lingüísticas” son un espejo de lo que es el individuo. Y –repito– no es por el simple hecho de leer que se logra un desarrollo mental, sino por el tipo de textos que caen en nuestras manos.

Solemos sostener con cierta soltura que los estudiantes de bachillerato no tienen el hábito de la lectura, pero si tomamos en cuenta que varios de ellos pasan más de cinco horas frente a la pantalla de una computadora y que mucha de la información que reciben les llega de forma alfabética, estamos cayendo en una falacia. Es cierto también que cuando los dispositivos electrónicos no se usan para comunicarse sino para entretenerse, la dinámica del “touch” y los íconos permiten dar órdenes y seguir comandos de manera lógica, pero no discursiva. El lenguaje visual de pantallas e imágenes en este ámbito tiene sus ventajas, pues permite que se prescindiera del lenguaje alfabético, sin embargo, cuando la ausencia de este lenguaje se vuelve consuetudinaria y prolongada, corremos el riesgo de atrofiar la capacidad de hablar y, de paso, la capacidad de organizar el pensamiento. ¿Qué puede hacer el profesor de materias humanísticas frente a estas circunstancias? Los programas de estudio y las políticas educativas parten de ciertos presupuestos ideales que, hoy por hoy, no siempre coinciden ni con el perfil de ingreso de

nuestros estudiantes de bachillerato ni con sus necesidades ni intereses. Hay quien ha creído con la mejor de las intenciones que la inclusión de las TIC puede favorecer tanto la transmisión como la aprehensión del conocimiento, pero, al igual que el simple hecho de leer, la presencia de la tecnología por sí sola no conduce a ninguna parte. ¿Cómo podemos demostrar y convencer a los estudiantes de que hay otras formas de acceder al conocimiento que no dependen directamente de la tecnología? Más aún ¿cómo convencer a nuestros superiores de que el hecho de no haberlas utilizado no implica que la calidad de nuestros cursos sea inferior? Para estimular el razonamiento en un estudiante de bachillerato a veces basta un aforismo, para distraerlo a veces basta una computadora. Es sabido que una consola de juego no sólo sustituye los juguetes, sino también la televisión, los amigos, la movilidad y el desarrollo de funcionamiento motrices finos.

Quisiera concluir exhortando a los profesores de humanidades a creer en ellos mismos y a no olvidar que con su labor están contribuyendo a la generación de cambios positivos en los estudiantes, que cada vez que se aborda un texto literario o filosófico con el pleno convencimiento de su valor y potencialidad, –y no porque así lo marca el programa– se están manteniendo vivas las humanidades. La experiencia directa de la lectura también incide en la formación de capital humano independientemente de las áreas de especialización que elijan los estudiantes. Recordemos que para muchos individuos el bachillerato sigue siendo el primer momento –y a veces el único– en que se tiene contacto con la literatura y la filosofía. Capitalicémoslo.